

## La casita de Felícita

**Vivian Maldonado Miranda**

entrevistas@elvisitante.biz

Un ejemplo de fe, alegría y fidelidad en el matrimonio.

Así es como Padre Félix Núñez Hernández describe a su madre, doña Felícita Hernández Morales. Padre Félix afirma que doña Felícita es un ejemplo de vida para él, para sus seis hermanos y para una ahijada de confirmación, a quien Felícita también acogió en su hogar. Para el Vicario Judicial de la Diócesis de Caguas, una de las fortalezas de su progenitora es que siempre supo respetar las decisiones de sus hijos.

“Mis padres nunca me dijeron que fuera sacerdote o no lo fuera, pero yo estaba conciente que ellos me iban a apoyar”, comentó. Esta fortaleza en la crianza, Padre Baltazar, hermano de Padre Félix, la llamó “cariño que te deja crecer”. “En casa siempre se trabajó con la perspectiva de que cuando llegas a cierta edad, se te trata ya como un joven, no con diminutivos, sino con respeto, y se permite que asumas ciertas responsabilidades”, afirmó el Párroco de Espíritu Santo en Aguas Buenas.



Familia Núñez Hernández, en las bodas de oro de doña Felícita Hernández Morales y don Félix Núñez Cotto. (Foto suministrada)

Al igual que en la familia Colón Piñeiro, en la familia Núñez Hernández la fe se cultivó desde pequeños. “Yo diría que, como en muchas familias católicas, la fe se sostiene desde la niñez por la madre. En casa siempre se rezó el Rosario. En las circunstancias en que nos criamos, mi madre fue la que nos transmitió los valores católicos”, agregó Padre Baltazar. El sacerdote recuer-

da cómo, debido a la distancia entre su hogar y la iglesia, su mamá hacía lo indecible para poder llegar al pueblo y llevar a sus hijos a misa.

Por otra parte, el hogar de doña Felícita sufrió el embate de la emigración puertorriqueña hacia los Estados Unidos de la década del 1960. La familia permaneció varios años en el exterior, pero doña Felícita regresó a la Isla con sus hijos, según relató Padre Baltazar. Don Félix Núñez Cotto, esposo de doña Felícita y padre de los niños, tuvo que permanecer en Norteamérica, en donde trabajaba para enviar el sustento a su familia. Don Félix viajaba a Puerto Rico de forma periódica para visitar a su esposa y a sus hijos. Cuando Baltazar entra en la etapa de la adolescencia y Félix hijo era todavía un niño, su padre regresa definitivamente a Aibonito para trabajar en una fábrica.

Hoy, el sacerdote describe la casa de sus padres como un oasis. “Es el lugar donde despejo todas mis preocupaciones, el espacio donde se encuentra el calor familiar”, agregó. “Para mí mis padres son el espacio donde revives, compartes y hablas”. Sobre doña Felícita, en particular, Baltazar afirmó: “Mi mamá es un lazo de unión, tanto entre mis hermanos, como guardián de mis abue-

los, y entre la familia por parte de mi papá. Nunca faltó nada en la casa, porque ella hacía que se multiplicaran los bienes. Ella hacía crecer a cada uno de los que están a su alrededor”.

### Palabras con dulzura

Al hablar con doña Felícita Hernández Morales se puede percibir la dulzura en sus palabras. Llena de humildad, la madre de Padre Félix y Padre Baltazar se describe a sí misma como cualquier otra madre, quien tuvo la suerte de que todos sus hijos salieran buenos.

“Si tú supieras que yo todavía no me lo creo”, comentó doña Felícita sobre el asombro que le provoca tener la bendición de tener dos hijos sacerdotes. “Hay muchas madres que han tratado de ser lo mejor con sus hijos y no han podido tener esa gracia”, añadió.

Doña Felícita afirma que a pesar de que en su hogar nunca hubo grandes cosas materiales, sus hijos pudieron estudiar. “El mayor de los varones estudió química, la pequeña, trabajadora social, y la mayor de las mujeres, enfermería”, agregó con orgullo. Felícita resaltó el amor que tiene hacia todos sus hijos y lo feliz que se siente de que los siete hayan escogido el camino del bien. Además, detalló que sus otros hijos, sus nietos e inclusive su nuera, se han mantenido activos en la vida parroquial, aunque no desde el sacerdocio.

## Madre bendecida con dos hijos sacerdotes

**Amado Vega Velázquez**

Para EL VISITANTE

PONCE - Barbara Waitkus tenía en su corazón de madre la idea de que alguno de sus hijos sería sacerdote. Lo que nunca imaginó fue que en vez de uno serían dos. Esta ponceña por adopción nació en Chicago, pero lleva en Puerto Rico casi 35 años. Se casó con don Heriberto Rodríguez y fruto de ese amor tuvieron cuatro hijos: Luis Felipe, José Andrés, Paul Miguel y María Teresa.

Hoy día esta feliz madre da gracias a Dios por ellos y por la bendición de que los dos mayores, Luis Felipe y José Andrés, hayan aceptado el llamado del Señor. “Uno se siente tan agradecido a Dios, tan alegre, es un gozo tan grande...”, expresó a El Visitante en compañía de su esposo.

En la actualidad ambos sacerdotes ejercen su ministerio en los Estados Unidos. Padre Andy, quién está próximo a celebrar su décimo aniversario sacerdotal, es párroco de la iglesia Santa Juana en Worcester, Massachusetts. Mientras, padre Luis trabaja en la parroquia Santa Ángela y es el

director vocacional de la arquidiócesis de Nueva Orleans en el estado de Louisiana.

No obstante, su formación religiosa comenzó en la parroquia el Buen Pastor ubicada en la urbanización Jardines del Caribe en Ponce. Allí comenzaron como monaguillos. Más tarde, Luis tocaba la guitarra, el órgano y leía en misa mientras que Andy se destacaba como presidente de la Legión Juvenil de María.

Pero su vocación religiosa no nació de la noche a la mañana. Ellos hicieron sus carreras universitarias y luego ingresaron al seminario. Por tal razón, Waitkus explicó que no hubo algún elemento en particular que les hiciera descubrir la vocación, sólo fue que “la semilla que ya vivía en sus corazones germinó y dio fruto”.

“Como ellos vivían siempre dentro (del ambiente) de la Iglesia y estaban rodeados



Familia Rodríguez Waitkus(Foto suministrada).

de personas buenas, de experiencias positivas y religiosas, eso hace que la persona se enamore de las cosas de Dios”, expresó. “Yo se que hay conversiones espectaculares, como la de San Pablo, pero generalmente las vocaciones salen de muchachos que están en un ambiente de Dios y se atreven a dar un poco más”, añadió.

La otrora maestra señaló que tras la primera ordenación sacerdotal creyó que había vivido el instante más significativo de su

existencia. “Yo recuerdo que cuando Andy se ordenó yo le dije a mis estudiantes ‘acabo de venir de la ordenación de mi hijo y ese es el momento culminante de mi vida, no puede haber nada más grande que esto’. Eso fue en el 1995 y en 2001 se repitió. ¿Cómo uno puede tener dos momentos culminantes en su vida? No lo sé, pero Dios es tan grande que hace maravillas”, dijo.

Por último, Waitkus comentó que la familia se comunica contantemente. Afirmó que, como madre, se siente tranquila porque reconoce la misión que llevan a cabo sus hijos y sabe que dónde están, los atienden bien. “Ellos tienen una mamá aquí, pero 40 madres allá que le hacen antojitos y todas esas cosas”, sostuvo.

“Si los progenitores no pueden estar, siempre hay quien esté con ellos, porque nosotros se los dimos a la Iglesia, ellos no son nuestros. Me encantaría que estuvieran, pero ese no es el plan de Dios”, concluyó.